

POR EL CAMINO DE LA FARSA...

Lo que nos dijo y lo que no quiso decirnos Perico Zorrilla

UN DRAMA MUY GRACIOSO.
"AL NATURAL".
LA ÚLTIMA PREGUNTA

Una carta a Zorrilla.

Sin juramento podré creer, quien estas líneas leyeré, que el Señor Polichinela gusta de cumplir lo que ofrece y no falta jamás a su palabra.

Y sentado esto, he de decir que tan pronto como anuncié la entrevista con Pedro Zorrilla, me apresuré a enviar al enorme actor (no es adulación) unas líneas anunciándole mis propósitos y pidiéndole hora y sitio para realizarlos.

Hecho esto, me quedé tranquilo. ¿Cómo creer que Zorrilla me dejara en blanco? Además, a pesar de su extraordinaria modestia, no podía dejar de reconocer que tenía la obligación de contar cosas al espectador.

Pero, en honor a la verdad, he de manifestar que aquella confianza y aquella tranquilidad mías se perdieron pronto. Los días pasaban, la respuesta no llegaba y el Señor Polichinela había prometido seguramente en vano.

Mas no, ¡vivé Dios! eso, nunca. Capaz me sentía de lanzarme a la busca y captura de Zorrilla, y dondequiera que le hallara, obligarle a contarme algo... y, ¡esto era más precitable, inventar la entrevista!

Pero, como podrá ver quien prosiga, no he necesitado aparecer a medias tan poco en consonancia con nuestro carácter.

De cómo la pérdida de una carta en el camino de la mayor "originalidad" en la "entrevista".

Volviendo al otro día de "nuestro" faena matutina. Llegábamos al camino de Castañer. Príncipe, plaza de Canalejas, Carrera de San Jerónimo, Sol...

La última del día, nublado y eucalipto, había penetrado en nuestro espíritu. Además, la maldita preocupación de aquella entrevista... nos parecía que los transeúntes, los efímeros y loncheros, en cuyos semblantes se leía la alegría de un vivir sin preocupación alguna, hacían burlonas muecas al gacillerito.

Nos detuvimos de pronto asombrados. El caballero, con un pequeño bulto bajo el brazo, acababa de pasar a nuestro lado.

—¿Eh, eh... exclamamos entre dientes— Pedro Zorrilla. Mejor ocasión.

Y sin detenernos a pensar en la oportunidad de nuestra intervención, nos lanzamos en su seguimiento; pero ¡oh, decepción! Zorrilla se detiene ante el escaparate de un filatelista y contempla con mirada de amor los papeles de todos colores expuestos en las vitrinas. A su lado, un señor desconocido hace de él.

Es preciso esperar.

Nos detenemos en el centro del arroyo sin mirar que nos hemos sumergido en un barrizal. Lo que es hoy no se nos escapa. Ni uno ni otro parecen dispuestos a dejar su observatorio, y cada vez más entusiasmados en su contemplación, no han advertido nuestra presencia. Ignorábamos que el gran actor fuera tan aficionado a los sellos...

Comenzaba a impacientarse seriamente el Señor Polichinela, cuando, ¡oh, alegría! el caballero desconocido, después de lanzar una amorosa mirada a aquellos papeles odiosos, echó a andar y nos dejó el campo libre.

—¿Usted perdona, Sr. Zorrilla, esta especie de abordaje; pero, cuando le explico, comprenderá mi razón.

Nos mira asombrado y su asombro crece al exponer nuestros pretextos. ¡Dios, Dios, Dios! ¿Quién nos mandaría interrumpirle cuando se hallaba dedicado a una de sus mayores aficiones?

Le contamos lo de la carta. Se asombra cada vez más; pero su ceño se va desarrugando.

—¿Dice que me escribió...? Pues, no; no la he recibido. Lo menos que podía haber hecho hubiera sido contestarle, diciéndole que ahora no tenía tiempo, que más adelante...

—¿Está usted creyendo que los podrán interesar las cosas que yo le refiera?—

—¿Ya lo creo! Sabemos que son muy curiosas. Nuestro compañero Fernando Mora nos ha referido algunas de cuando trabajaba con usted y otros aficionados en el Salón Zorrilla...

—¡Ah, esos son recuerdos muy agradables para mí y para mí; pero no sé si...—

—¿Ya lo creo! ¡Pues no faltaba más!—

—Bueno, entonces, ¿ya a casa Doña Marquita. Yo acudo allí todas las tardes. No falte y... habiáramos.

El Señor Polichinela se retiró bráncando de gozo.

En "chez" Doña Marquita. Leche con zarza. Los ojos de Pedro Zorrilla.

Al filo de las seis, hora señalada para la cita con nuestro entrevistado, y con puntualidad insólita para cómicos y periodistas, entramos en el establecimiento de los óptimos mojicones.

Zorrilla, sentado ya a una mesa, nos llama afectuosos.

—Ante él, y sobre el mármol color castaño del velador, se yergue un verdadero cubo, pleno de un líquido color violáceo.

—¿Qué beberá Zorrilla?—

Y como si la muda interrogación hubiese sido fácilmente comprendida por el actor, nos dice lacónicamente:

—Psch, leche con zarza.

—¡Admirados ni recelosos, encontramos un poco exótico el brebaje.

—¿Será en esta rara libación en la que hallará el secreto de sus gestos cómicos el comediente insigne? Cualquiera lo sabe.

Y mientras Zorrilla, con dejecillo en sí es de no chuparlo, se confiesa con el Señor Polichinela, observa éste el extraño mirar del actor, y compone en mente un poema a sus ojos...

Los ojos de Zorrilla guardan un tesoro de expresión. En vez de mirar, parece que dibujan toda la variedad elocuente de la ironía, del desprecio, de la maldad, amalgamada con un gesto inconfundible de altivez. Porque, ante todo, lo que expresan los ojos de Perico es un gran desprecio por las cosas, por el mismo, que sabe reírse humorísticamente de su vida, de sus afanes, de su ambición, incapaz como es de concederle importancia a nada...

Un "Teorico" épico: Un drama para reír. La mujer del velero.

Y a continuación, Zorrilla empieza a contarnos su odisea de aficionado, cuando, robando el tiempo a la oficina—él trabajaba en la Banca Urquiza—, iba a ensayar a casa de un velero, en una boquilla del Giral de Olivar.

A Zorrilla, en sus comienzos, le daba por el dramático. Sus obras preferidas eran *Mar y cielo* y el *Tenorio*.

Por cierto—nos dice—que una representación que dimos de este último drama nos resultó una cosa épica. Dos éramos empleados de Banca. Yo hacía el Don Juan, y su compañero el Comendador. Desde las primeras escenas, nadie lo tomó en serio. Unicamente Fernando, que, por cierto, salía en *monólogos* (no teníamos vestuario), nos de-

cia, entre párrafo y párrafo: «No bromeeis. ¿No veis que lo estamos echando a perder?» No quiero acordarme de la oración que nos ganamos.

Aquel velero, un pobre hombre que en los ratos de ocio organizaba compañías de aficionados, escribió un drama, que estrenamos nosotros en el Salón Zorrilla. ¡Qué drama tan gracioso! El público soltaba cada carcajada...

Terminada la representación, sacamos al autor y se lo enseñamos al público. Le pasamos por el patio de butacas. La gente le tocaba la chaqueta, como si se tratara de un bicho raro, y nos decía: «¿Pero es éste?»

La mujer del velero de velas nos comunicó un día en secreto que su marido estaba escribiendo otra obra, en la que los hombres se pegaban con espadas. Aquella obra no se llegó a estrenar... por lo menos por nosotros.

Luego perdí la pista del pobre hombre. Debe haber muerto. Nada, que el velero se fue a pique.

A su mujer, de rostro, más que pálido, banderado de viruelas, la encontré un día en un baile. ¡Qué mujer aquella! Se nos acercó y no había manera de echarla, por más que escondimos las sillas y la dijimos que no la invitábamos porque le iba a hacer daño.

Un amigo, muy ingenioso y algo achulado, nos sacó del apuro. Entró en nuestro palco, y al acercarse a la mujer comenzó a gritar con ademanes descompuestos: «¿Tú por aquí, mala mujer! ¡Después de haberme engañado!»

«¿Caballero—dijo ella—, yo no le conozco a usted y...» Pingó mi amigo convencerse, y nos rogó que se marchara la señora, porque, pareciéndose tanto a aquella, con quien la había confundido, no estaría tranquilo en su presencia.

Y Zorrilla, con ese aire socorrido que le caracteriza, prosigue contándonos sus aventuras hasta que ingresó en Lara, después de haber formado parte de una Sociedad de aficionados que se llamó La Lira Sospechosa.

En Lara, Julián Romea, ¡meritorio! Un verdadero triunfo. Adiós la burocracia. Todo por siete pesetas.

«Buscando yo como vos...» Y un buen día—dice Zorrilla—me vi admitido en Lara. ¿Cómo por el eterno procedimiento español: porque así lo procuró con su influencia un agente de Bolsa.

En aquel entonces dirigía la bombonera el gran Romea.

A su hijo Alberto, conocido más sin que yo lo supiera, tuve que agradecerle mi verdadera iniciación en el arte escénico. Le advertí a su padre de mi gran facilidad para recitar versos, y en los picadillos que yo representaba, empujé a fijar en mí el gran actor.

A todo esto la burocracia, me causaba más espanto cada día.

Llegó al estreno de *Al natural*, y ¡allí sí que triunfé! Jamás he tenido un éxito más personal, más resonante y merecido... Me ofrecieron aquella noche ¡siete pesetas! de sueldo, y en aquel instante, a los diez años, tres meses y diez y siete días de hacer números, pasivos y activos en casa de Urquiza, eché al diablo la burocracia y mi haber mensual de cincuenta duros... uno sobre otro, todo seguido. ¡Ya no era empleado!

En Santa Cruz de Tenerife. Una excursión a la Orotava con Mercedes Pérez de Vargas. Su enamoramiento de un italiano.

Desde el principio de la entrevista, nos fugaba el deseo de recordarle a Zorrilla nuestro antiguo conocimiento. Le preguntamos de pronto:

—¿Usted no se acuerda de mí?

—¿Yo?—Y Zorrilla, subiendo sus párpados ojos como por encima de la frente, hace un gesto de duda antes de contestar:—Pues, no; no lo recuerdo.

—¿Fue en Canarias... hace ya...? No recuerdo a un muchachito llamado Pablo Delvecchi que se enamoró de Mercedes Pérez de Vargas... y fue correspondido por ella platónicamente?

A Perico parece no agradarle nuestra indiscreción. Nosotros, más testarudos cada vez, le hacemos memoria de una excursión a la Orotava un día lluvioso, gaucos, terriblemente incitador a los amores buenos, anidados.

Parece que oímos aún la voz de Mercedes, hecha de caricias, pedir al italiano una declaración de amor en su idioma. Ránda, dime algo en italiano; no seas sofo.

Aquella tarde concebí la realidad del Paraiso.

¿Os acordáis? Tí, Mercedes, aún tienes una deuda conmigo.

El buen Paolo puede que haya caído hace tiempo en el campo de batalla, que allí se irá poco después, al llamarse su tierra natal... ¡si así hubiera sido fatalmente, vayan a dar una oración por el alma del pobre mudo. Reza por él ya lo hará una mujer de voz hecha de caricias...

La zarza y los licores. Nuestra última pregunta.

Zorrilla ha consumido la leche con zarza. Le invitamos.

—No—nos dice—. En público no bebo más que esto. ¿Qué diría la gente si me viera tomar una copa de coñac? No; eso se queda para...

Y Zorrilla se detiene, como temeroso de haber dicho más de lo que le conviniera.

—¿Para qué?—Le interrogamos.

—Para... para los que les guste.

Luego nos habla de su biblioteca, de sus libros, que, según nos dice, son muy grandes y que no permite tocar a nadie; y de sus pastores por los sellos y por los toros.

Le llevamos de nuevo al terreno de la entrevista. Según él, ya no queda nada por contar. Fue a la Comedia, y en ella lleva casi tanto tiempo como estuvo en la Banca. No nos quiere decir qué autores prefiere y se nos escapa manifestándonos que todos le parecen buenos.

—Pero—le decimos—, falta algo.

—¿Que falta algo?

—Sí, señor. Y de lo más importante.

—¿Usted dirá.

—¿Qué nos cuenta de amoros?

Zorrilla nos mira, asombrado de nuestra excesiva curiosidad. Frunce el ceño.

—¿De amoros?—responde, precipitado—Nada, nada; absolutamente nada. Lo que les haya ocurrido ó les ocurra a ustedes.

Luego se nos escapa con el pretexto de que Tiro quiere estrenar el micrófono *La zarza de Carrillo*, y tiene que recoger una espada en casa del armero.

¡Maldita sea! Zorrilla no ha sido completamente franco con nosotros. ¡Ah, si hubiera querido contestar a nuestra última pregunta!

Que nosotros sabemos que tiene una contestación afirmativa, y una historia de amor con papeles de obra de traiciones, de todo cuanto figura en la realidad de esa comedia, en la que todos tenemos parte...

«Mea culpa».

Lector: francos ante todo y completamente desapasionados, confesamos sinceramente que hemos hecho un churro.

Lo cortés no quita a lo valiente; y, por más que en esta entrevista pusimos todo nuestro corazón, una fuerza superior parecía siempre oponérsenos.

Entramos primero en un café, resueltos a dar fin a nuestro trabajo, y de allí tuvimos que salir huyendo.

Después vamos al periódico. ¡Imposible! Nos encerramos en nuestra casa y allí, bien mal, acabamos esta información a la que ponemos por final las dos palabras que encabezan estas líneas: *Mea culpa*.

EL SEÑOR POLICHINELA

POR TELEGRAMA

Nuestro embajador en París

Su llegada. Manifestaciones de Dato. Su marcha a la frontera por la mañana para esperar a nuestro embajador en París, señor Quionones de León.

Los periódicos se trasladaron al Hotel de María Cristina, donde almorzaron juntos, y estuvieron hablando largamente.

Los periodistas no consiguieron ver al señor Dato.

Subió dicho que a las ocho de la noche subiera a Miramar para despachar con el Rey, y que después recibiría a la Prensa en el Ministerio de Justicia.

El ministro de Estado, a las nueve de la noche, recibió a los periodistas, diciéndoles que la venida del Sr. Quionones de León era para recibir instrucciones del Gobierno.

A las siete de la tarde despachó con el Rey, no llevando dato.

El Sr. Dato marchará a Madrid mañana. El conde de Romanones estuvo en Palacio, sometiendo a la firma varios decretos de indultos de penas leves.

El Sr. Quionones de León cenó por la noche en Palacio invitado por los Reyes.

El Sr. Dato dijo que carecen en absoluto de fundamento los rumores de que se le ha ofrecido la Presidencia de la República.

Argentina de barcos españoles, para cuyo pago se realizaría en España "un empréstito de 30 millones de pesetas."—Hernández.

MILITARES ATACADOS

"EL SOLDADO DE NAPOLES" EN LOS CUARTELES

ALICANTE 13 (8 m.). Las autoridades están preocupadas con la presencia aquí de la expedición griega.

El conde de Romanones ha comunicado al gobernador militar que la epidemia produce estragos entre los soldados del regimiento.

El miércoles ingresaron en el hospital 40 soldados atacados de la enfermedad.—Férriz.

POR EXIGIR EL PAN JUSTO

Atentado contra un teniente de alcalde

AL SR. FERNANDEZ LE SALVA LA MAGDALENA

ORENSE 13 (9 m.). Está siendo objeto de grandes comentarios la comisión de un atentado que, afortunadamente, no tuvo consecuencias.

Cuando regresaba de hacer entrega de la Virgen de Reza, que fue traída desde su ermita, un enorme pez lanzaba agua por la cabeza, al mismo tiempo que agitaba violentamente la cola. Se acercaron al sitio indicado y vieron que se trataba de un ballenato de once metros de longitud, que en su excursión por estas costas se había metido en un Canal de poco fondo, donde quedó aprisionado, a pesar de los grandes esfuerzos que hacía para salir.

Varios pescadores, provistos de remos, pinchos y otros artefactos, dieron muerte al ballenato. Por las heridas que le produjeron arrojaba tan gran cantidad de sangre mezclada con aceite, que las aguas quedaron enrojecidas en una gran extensión, siendo luego arrastrado hasta la playa.

Todo el vecindario desfiló ante él. Se calcula su peso en más de seis toneladas.—C.

y Canarias y rebajando a un séptimo la señalada para África.

Art. 2.º El apartado 1.º de la base 8.ª, Beneficios para el pase a la reserva ó retiro, es aplicable en toda su integridad a ambos Cuerpos.

Art. 3.º Según el segundo apartado de la misma base, «Ayudantes», a los directores generales de la Guardia civil y Carabineros les corresponderán tres ayudantes; a los generales secretarios de las Direcciones, un ayudante, y a los generales de brigada, otro, todos ellos de los Cuerpos respectivos, y de los empleos de teniente coronel y comandante para los tenientes generales y generales de división, y de comandante para los de brigada, siendo aplicables a estos destinos los incisos d) y e) de dicho apartado y base.

Art. 4.º También se aplicarán a ambos Cuerpos los incisos f) al a) y l) al m) del concepto, «Situación de generales, jefes y oficiales», de la base 8.ª; los incisos n) y o) comprendidos bajo el epígrafe «Plantillas», de la misma base, formando parte del Estado Mayor general del Ejército los generales a que los mismos se refieren; el párrafo primero del inciso d) del concepto 1.º de la base 9.ª, «Categorías», y todos el apartado 2.º de la misma, «Ascensos», de la base 10.ª íntegra. «Recompensas» y los incisos a), b), c), d), e), f), g), h), i), j), k) y l) de la base 11.ª, «Sueldos, haberes y devengos», así como la base adicional.

Dado en San Sebastián a once de Septiembre de mil novecientos dieciocho.—ALFONSO.—El presidente del Consejo de ministros, Antonio Maura y Montaner.

Hace días nos llegó la censura una información. En ella decíamos, entre otras cosas, algo de lo que se consigna en el siguiente despacho, publicado anoche por La Epoca:

«BARCELONA 12. A bordo del vapor *Teresa Tayá* han llegado 23 tripulantes del vapor *Eguchi*, que fue echado a pique por un submarino.

Refieren que el día 19 del pasado mes de Agosto vieron, a las nueve de la noche, con el natural sobresalto, pasar a cuatro metros por encima de la proa, un objeto que corría, embarcado en dos botes y se alejaron, hasta una distancia de dos millas del barco, donde permanecieron hasta las once de la noche.

Desde el submarino se les ordenó que hicieran rumbo a tierra, y poco después oyeron hasta 35 cañonazos, disparados contra el *Eguchi*, y finalmente una explosión.

El hecho ocurrió frente a las costas francesas, a unas 70 millas de tierra.

Los naufragos fueron recogidos al día siguiente por un velero italiano, que los condujo a Génova, donde se hizo cargo de ellos el *Teresa Tayá*.

El Sr. Crespo hace algunas observaciones.

El Sr. Crespo hace algunas observaciones.

El Sr. Crespo hace algunas observaciones.

El Sr. Crespo hace algunas observaciones.

El Sr. Crespo hace algunas observaciones.

El Sr. Crespo hace algunas observaciones.

El Sr. Crespo hace algunas observaciones.

El Sr. Crespo hace algunas observaciones.

El Sr. Crespo hace algunas observaciones.

El Sr. Crespo hace algunas observaciones.

El Sr. Crespo hace algunas observaciones.

El Sr. Crespo hace algunas observaciones.

El Sr. Crespo hace algunas observaciones.

El Sr. Crespo hace algunas observaciones.

El Sr. Crespo hace algunas observaciones.

El Sr. Crespo hace algunas observaciones.

El Sr. Crespo hace algunas observaciones.

El Sr. Crespo hace algunas observaciones.

El Sr. Crespo hace algunas observaciones.

El Sr. Crespo hace algunas observaciones.

El Sr. Crespo hace algunas observaciones.

El Sr. Crespo hace algunas observaciones.

El Sr. Crespo hace algunas observaciones.

El Sr. Crespo hace algunas observaciones.

El Sr. Crespo hace algunas observaciones.

El Sr. Crespo hace algunas observaciones.

El Sr. Crespo hace algunas observaciones.

El Sr. Crespo hace algunas observaciones.

El Sr. Crespo hace algunas observaciones.

El Sr. Crespo hace algunas observaciones.

El Sr. Crespo hace algunas observaciones.

El Sr. Crespo hace algunas observaciones.

El Sr. Crespo hace algunas observaciones.

LOS COCHEROS ANTE EL CONCEJO

El Ayuntamiento acuerda despojar del teatro Español al Sr. Oliver, acatando una providencia gubernativa

EL SR. TERCERO CENSURA CON VALENTIA LA ACTUACIÓN DEL GOBERNADOR CIVIL EN ESTE ASUNTO. LOS CONCEJALES PROCLAMAN EN PRIVADO QUE, DE RECURRIR CON FE EL SR. OLIVER, GANARÁ EL PLEITO CON COSTAS E INDEMNIZACIÓN, QUE PAGARÁ, COMO SIEMPRE, EL PUEBLO

A las once menos cuarto el alcalde declaró abierta la sesión, con la presencia en los escaños de muy contados concejales. Entre ellos se encuentra D. Alvaro Calzado, que regresó ayer de San Sebastián.

Aprobada el acta, y antes de entrar en los asuntos al despacho de oficio, el alcalde declaró sentidas frases necrológicas a los funcionarios municipales recientemente fallecidos, D. Ricardo Oteiza y D. Gonzalo Romero, jefe de los delinquentes y letrado constitucional, respectivamente, cuya vacante se cubrió ocupada por rigoroso turno de antigüedad por el Sr. De Blas.

También dedica el Sr. Silveira frases encomiásticas a la memoria de D. Esteban Campos, administrador que fué del Colegio municipal de San Ildefonso.

Se acuerda que conste en acta el sentimiento de la Corporación por la muerte de los Sres. Oteiza, Romero y Campos.

Asunto al despacho de oficio.

La lista de asuntos pendientes de despacho de las Comisiones tiene escasa importancia.

Se aprueba una moción de la Alcaldía Presidencia proponiendo se acuerde la exención del impuesto municipal sobre el alumbrado para el edificio que consuman las luces sus pletorias instaladas en las fachadas de los edificios.

El Sr. Silveira declara que para evitar la sustracción del brazo del alumbrado supletorio y de las bombillas, hará suyas unas indicaciones hechas por un reportero municipal referentes a que en uno y en otras se marque con un sello del Ayuntamiento, al igual que lo hizo el de Barcelona.

El Sr. Crespo hace algunas observaciones.

El Sr. Crespo hace algunas observaciones.

El Sr. Crespo hace algunas observaciones.

El Sr. Crespo hace algunas observaciones.

El Sr. Crespo hace algunas observaciones.

El Sr. Crespo hace algunas observaciones.

El Sr. Crespo hace algunas observaciones.

El Sr. Crespo hace algunas observaciones.

El Sr. Crespo hace algunas observaciones.

El Sr. Crespo hace algunas observaciones.

El Sr. Crespo hace algunas observaciones.

El Sr. Crespo hace algunas observaciones.

El Sr. Crespo hace algunas observaciones.

El Sr. Crespo hace algunas observaciones.

El

LA PRENSA
AGENCIA DE ANUNCIOS
DE RAFAEL BARRIOS
Carmen, 18. Teléfono 123.—Madrid.
Combinaciones económicas de varios periódicos. Fichas tarifas y presupuestos de publicidad para Madrid y provincias. Grandes descuentos en ocasiones de defunción, novenario y aniversario.